

## *Experiencias en Robledo de Chavela*

Ana Isabel REGUILLO PELAYO

Mi experiencia trabajando con refugiados como profesora de español, sobre la que me voy a basar en estos comentarios, se refiere a un par de grupos de solicitantes de refugio durante el verano del año pasado y el anterior en el centro de acogida que tiene concertado Cruz Roja en Robledo de Chavela, un pueblecito de la Sierra pasado El Escorial. La reflexión que me sugiere esta experiencia, desde una cierta sensación de fracaso, es que a pesar de darse una serie de condiciones objetivamente favorables para la enseñanza y el aprendizaje, sobre todo en comparación con las que padecen otros colectivos de refugiados, al final, sobre el terreno, lo que acaba pesando y convirtiéndose en obstáculo es la condición misma, siempre problemática, del refugiado.

Comenzaré señalando, como condiciones a priori favorables, tres clases de ellas:

- en el ámbito de lo legal, el hecho de que se hallen todos en una situación jurídica similar, en manos de organismos nacionales e internacionales, y el de que sus problemas burocráticos les sean solucionados por asistentes o por voluntarios;
- en lo que se refiere al día a día, tienen cubiertas sus necesidades primarias: alimentación en el comedor del centro, atención sanitaria, servicio de ropero (bien de la Cruz Roja, bien de la parroquia del pueblo) y, algo también importante, que el núcleo familiar ocupa la misma vivienda; además, el centro se encuentra en un entorno muy agradable —en plena naturaleza—, disponen de mucho tiempo libre y, en fin, tienen unos meses de «respiro» hasta que se les concede o no el estatus solicitado;
- en lo que atañe más directamente a las condiciones de la enseñanza, se trata de un grupo unitario, sin incorporaciones inmediatas (que es

algo que sucede habitualmente en los centros de adultos); tienen un mismo nivel de conocimiento del idioma (el mínimo); su nivel cultural es medio/alto (casi todos ejercían una profesión liberal en su país), a diferencia de los problemas añadidos de alfabetización que se dan en el caso de la enseñanza a refugiados económicos; cuentan con material de apoyo individual proporcionado por Cruz Roja (en concreto el método de la editorial SM «Curso de Español para Extranjeros»); son los profesores los que se desplazan hasta allí dos veces a la semana (otra vez en contraste con los problemas de asistencia que se encuentran otros compañeros de centros como Karibú); y, por último, como un detalle de cierta importancia estratégica, las clases se integran bien en su horario porque a continuación tienen la cena.

En fin, condiciones todas ellas que pueden considerarse casi como privilegiadas si, como he ido apuntando, las comparamos con las que viven otros colectivos menos afortunados (como por ejemplo el de los africanos). Sin embargo, lo cierto es que a la hora de ponerse en funcionamiento las cosas, su situación como refugiados sigue siendo excepcional y eso siempre va a dar lugar a todo tipo de contratiempos que son insignificantes, la mayoría de ellos, pero que de alguna forma se acaban conjurando contra la buena marcha de las clases y se imponen, pueden contigo y con ellos.

Así, para muchos España es un país de tránsito hacia Estados Unidos y por lo tanto no se plantean la integración, algo que se refleja en su falta de motivación, su estado continuo de ansiedad, de estrés, su absentismo (como dato, puedo decir que veinticinco personas de entre unas cincuenta del programa, consiguieron reasentarse en Estados Unidos); por otra parte, el tiempo de estancia en el centro se ha visto reducido últimamente (de un año a un número más o menos variable de meses según el caso), así que tampoco pueden entretenerse demasiado si aspiran a quedarse en España -lo primero es conseguir dinero y según les salen trabajillos, las clases pasan a un segundo plano. Por último, las visitas periódicas a la Comisaría de Policía y las revisiones y vacunas para los niños les llevan a pasarse el día en Madrid;

En otro orden de cosas, las condiciones para practicar el español fuera del aula no son las más favorables; por un lado, entre ellos, porque al no haber mucha diversidad de procedencia se relacionan por grupos (iraníes, iraquíes) y, de hacer falta una «lingua franca», siempre alguna otra compite con el español (el inglés, el ruso); por otro lado, su contacto con los españoles (fuera de la comisaría o del centro de atención sanitaria) es bastante reducido -en parte por hallarse el centro de acogida alejado del pueblo y rodeado de chalets de veraneo, de modo que incluso al conseguir un trabajillo (de jardinería o limpieza) se encuentran las cosas medio resueltas a través de un intermediario y no tienen que « salir a por él ». Y, en fin, al voluntario tampoco le es fácil quedarse después de las clases y el encargado de la Cruz Roja habla con muchos de ellos en su idioma.

Por último, también la «logística» de lo más propiamente pedagógico acaba fallando: el centro no cuenta con materiales de prensa que les sirvan de apoyo; los contenidos del manual se alejan bastante de sus preocupaciones; el aula está condenada a la provisionalidad, siempre llena de trastos que hay que ir sacando de allí o recolocando (juguetes, carritos) -y ese es sólo el inicio de un carrera de obstáculos, primero yendo a buscar a la gente a sus cuartos, luego las continuas entradas y salidas por llamadas telefónicas o visitas de algún amigo, y, como telón de fondo la presencia más o menos ruidosa de los niños exigiendo en todo momento la atención de sus madres.

Para concluir, aunque la sensación final es de cierta frustración, sabes que lo verdaderamente importante es que ellos resuelvan su situación y que, si entonces todavía les hace falta el español tu aportación, por mínima que haya sido, siempre tendrá el valor que le da el formar parte de esa etapa.

